Petit proses sur le résurrection: Michelet y la nostalgia histórica

Jahir Navalles Gómez

Introducción

Hay escenarios que simplemente están en deuda con quienes escribieron sobre los mismos, procurando que en sus palabras, en cada uno de los escenarios que bosquejaron, y de las entrelíneas que de estos se desprendieron, emerjan versiones algo más gentiles que nos hablen sobre cualquier acontecimiento, seleccionando escenas y emplazamientos a recorrer, implicándonos, volviéndonos partícipes de de ese halo que se describe conforme el recorrido y la lectura se hacen, deteniéndose en cada una de las alusiones y de las metáforas extensivas a las realidades posibles y a los proyectos latentes de sociedad. Es ese el caso particular que se desprende entre la historia y uno de sus mayores interlocutores, el guardián francés de los archivos nacionales y de los muertos olvidados de la historia: Jules Michelet (1798-1874).

De historias y literatura

Con él, o mejor dicho, en sus palabras, la vida social estaba recreándose constantemente, y que conforme se va exponiendo surgen de sí misma los criterios sociales que la juzgarán, apelando a que cada cual estaría implicado en la acción que estaría realizando, personificando o recreando, anclados en las emociones y en la intermediación afectiva y sentimental, descartando así toda explicación racionalista antecesora (Beguín, 1939; White, 1973; Bénichou, 1977; Mayos, 2004). En esta versión se reivindicaba el papel que en su propio escenario la vida colectiva habría extraviado, no intencionalmente sino como consecuencia de la exclusión implícita del contexto; es en una reflexión de Alfredo De Paz donde se confirma el sentido explícito que devino el velado romanticismo del citado siglo, ya que en el cauce a seguir pasó lo que tendría que pasar:

> "Por una suerte de compensación, el romanticismo tendió a transferir la potencia creadora de intensidad espiritual, de la dimensión individual a la colectiva. Herder reconocía al instinto del pueblo el mismo poder creador que al genio individual. Victor Hugo consideraba la historia como el grandioso producto del genio creador de la humanidad y Michelet convirtió al pueblo en el motor, muchas veces irracional, de la evolución y del progreso. Así nació […] un romanticismo político que convulsionó la historia del siglo XIX. El romanticismo alemán surgió, entre otras cosas, de un nacionalismo cultural" (2004, p. 51).

Aforismos e ironías, metáforas y analogías, serán corporeizadas a través del romanticismo alemán (Berlin, 1965), penetrando otras fronteras geográficas e ideológicas, acudiendo a lo intangible, a lo etéreo, a lo evanescente, entidades que según los preceptos racionales incólumes imperantes del siglo XVIII, no tendrían cabida como referentes, mejor dicho como explicación, de la vida social.

Pero, e independientemente de lo que los presupuestos ilustrados pudieron exponer (e imponer), el trasfondo atmosférico del romanticismo bosquejó aquel último emplazamiento al cual acudir, y donde todas las manifestaciones culturales encontraron cobijo –y lectores, detractores y fanáticos-, cristalizadas en las leyendas y las epopeyas, las crónicas urbanas y los mitos, la poesía y los recónditos lugares donde éstas se hospedaban (Béguin, 1939); y en la literatura lograban transmitirse o envolver con lo dicho,

lo escrito, lo expuesto, lo vivenciado, lo que la vida social acaecida hacía y procuraba, así fue como la literatura redescubrió al pueblo, en las maneras coloquiales de describirse y expresarse cotidianamente; y lo hizo no a través de documentos racionales, de datos duros o estadísticas, si no a partir de aquellos otros que según se decía capturaban y expondrían para sí, la esencia misma de la vida colectiva, esto es, la novela, los diarios íntimos o las cartas personales (Berlin, 1965, pp. 136, 142, 150; De Paz, 1984, pp. 164-165; Farge, 1986, pp. 42, 58).

Y en las narrativas comunes, sencillas, sentimentales, se trascendía esa misma vida social circunscrita a las leyes, los principios de civilidad, las normas sociales (Morange, 1979), lo cual implicaba dar cuenta de sus orígenes, de sus esperanzas, de su calidez o desilusión, de todo aquello que la hacia manifiesta o veladamente perceptible, sólo así la vida social devendría en un comentario afectivo; tan simple como esto, la colectividad afectiva emergió desde las entrañas de las formas de sentir y de exponerse a sí mismas, de las empatías convocadas, de las reseñas emotivas de su reencuentro, y eso, ni los documentos "serios", ni los registros y las encuestas lo daban.

No es casualidad que en el *Notre-Dame de París*, sea el pueblo y la multitud enardecida uno de los tantos protagonistas, junto con lo lúgubre arquitectónico de la catedral o a través de lo recóndito del desprecio humano; o de que sea en las lecturas prosaicas, irreverentes o soeces, tal vez más que en las políticas, las que convoquen a la reunión y al intercambio de opiniones acerca de los unos y los otros, de la plebe y de la burguesía (Chartier, 1991, pp. 95; 101; 104; 154), o que sea en la obra maestra de Victor Hugo *Los Miserables*, donde la insignificancia y las vejaciones cobijen a un París con grandes esperanzas (De Paz, 1984, p. 176).

El romanticismo creó su legado, algo que sólo rescribiéndolo podría nuevamente suceder, una tarea a la que se dedicó aquel que fuera conocido como "el mayor artista literario que se haya consagrado a la historia de Francia" (Gooch, 1913, p. 182), alguien que podría recorrerla con una total templanza y erudición, y enardecerse al defender lo dicho por la propia colectividad, sea la fraternidad, el sacrificio, la libertad y la historia como "resurrección". Con Michelet, la literatura e Historia se entrecruzaron, en las sendas historias y versiones de lo que la Francia era (White, 1973, pp. 139-140).

Inicialmente doctor en Letras, finalmente el guardián conservador de los Archivos Nacionales (actividad que le redituó todo el respeto posible), docente tanto de la Escuela Normal Superior como de la Sorbona y el Colegio de Francia, personaje animado que coexistió con la Revolución Francesa y el nacimiento de la Revolución Industrial, por lo tanto no es extraño que con todo ese bagaje cultural escribiera sobre y describiera aquellos múltiples escenarios por los cuales habría pasado Francia, desde la Edad Media hasta reencontrarla en sus propios días.

Así es como comenzó el despunte de sus propias deliberaciones, transitando entre registros sobre la historia moderna, una introducción a la historia universal, su versión sobre la historia de Francia, la historia de la revolución francesa y finalmente su particular relato referente a la historia del siglo XIX.

Sin embargo, a la par que va exhibiendo su preocupación sobre la vida social en una vertiente histórica, como es que le sucedió a tantos más (De Paz, 1984, p. 177), el guardián francés lo hace de una manera algo más tenue, algo más accesible para todos sus contemporáneos, volviéndose esto tanto una virtud como un infortunio, ya que será en algunas ocasiones que su estilo de escritura sobresalga más que sus propios argumentos (cfr. Gooch, 1913; Barthes, 1954; Bénichou, 1977). Como sea, lo que decía lo decía de manera sublime.

En "su manera inspirada de escribir la historia" (Bénichou, 1977, p. 463), cabría un entrecruce, el de una mirada psicosocial e histórica aparejada con un dejo literario que la tornara visible y aprehensible, nostálgica y entrañable, todo ello a raíz de la buena pluma desde la que el historiador plasmaba su sentir, y que le valdría la distinción de ser conocido como "el Victor Hugo de la historia" (Gooch, 1913, p. 187), porque en su estilo se exponen sus interrogantes, sus esperanzas, sus recuerdos de la infancia, su tendencia a resarcir los errores en las responsabilidades que la clase erudita había olvidado, su extrema asunción por velar por el descanso del pasado. Circunscrito en su exordio histórico, vislumbrado como una plétora de simpatías y antipatías hacia sus alumnos y colegas respectivamente.

Aunque será en una obra con aura poética donde bosquejaría cabalmente una personificación afectiva de la colectividad, siendo ésta algo más grande que su convocatoria y reunión, su convivencia y su disolución, Michelet intercede por la riqueza de la vida social, convocándole como *Le Peuple* (El Pueblo), así con mayúsculas ya que por lo que aboga es por una unidad social (Barthes, 1954, pp. 36-37; White, 1973, pp. 148-149). Remitiéndose de esta manera a las andanzas de todo aquel personaje liminal y falsamente

ajeno –el niño, el obrero, el campesino, el comerciante- que empapaba desde sus experiencias la propia historia, y que a decir de los que de su obra han hecho algún seguimiento esto sucedió porque:

> "Michelet escribe la historia desde abajo y centra su atención en lo que sucedió a todos los que trabajaron y murieron sin ser capaces de describir sus gozos y sufrimientos" (Corcuera, 1997, p. 264).

Y es que según Michelet, para saber algo sobre la historia francesa, para conocer sus recovecos y provocarla desde sus entrañas simplemente habría de remitirse a aquel que lo habría sufrido en sus mejores y sus peores momentos. Pero al hacerlo eso también implicaba una manera distinta de hacer Historia.

Un único maestro: Vico

De esos elementos y con esas características era de lo que se formaba la historia, el pasado, los recuerdos, el compromiso con los otros, los avatares que se habrían de sufrir, los que se tendrían que redimir, otros más que se llegarían a compartir. Sobre ello es que Michelet comienza a elaborar su propuesta, dando paso y caracterizándose por sobre sus contemporáneos, por los "objetos de estudio" a los cuales se remitía, y es que según han dicho:

Hermenegildo Martínez

> "Michelet [...] incorporó al estudio de la historia nuevos objetos como el cuerpo, la geografía y la naturaleza. Se interesó por la psicología colectiva y por los impulsos irracionales, escuchó las voces de las multitudes anónimas, glorificó al Pueblo [...], siguió las lentas evoluciones de la larga duración" (Corcuera, 1997, p. 256).

El arduo sendero que recorrió Michelet lo hizo de la mano de sus propios recuerdos, compartiendo la mirada misma que a él le habrían compartido, cuestión que se ve reflejada en su obra histórica, la cual comienza a partir de encontrarse con las reflexiones de Giambattista Vico (1688-1744), a las cuales dio seguimiento, ya que a partir de la traducción de las mismas pudo reinsertar esos añejos planteamientos en escenarios nuevos, porque el contexto según dicen (White, 1973) lo demandaba.

Y sus razones habrá tenido, y sus disputas le habrán costado –contra la filosofía de las Luces, contra los románticos, contra Descartes, contra el cristianismo-, lo cual le otorga su merecido valor. Por ello es que fue por sus alumnos querido y por sus colegas maestros desatendido (aunque la antipatía siempre fue mutua).

Consecuencia del traducir íntegramente la obra cumbre de Vico, siendo persuadido por las ideas que el italiano habría bosquejado, como su noción cíclica de la historia y el papel que juegan las costumbres, el lenguaje y las versiones que surgen de la vida cotidiana en la consolidación de la historia. Y aunque del mismo Vico le exasperaba su constante alusión a la Humanidad, él la rearticula magistralmente bajo el propio presupuesto de Vico, así decía: "La humanidad es obra de sí misma" (en Bénichou, 1977, p. 472).

En consonancia con el discurso epistemológico de Vico lo que sucede con la propuesta de Michelet es una donde se aboga por la renovación y por la necesidad de reinventarse desde las propias entrañas de la colectividad, tanto cree en esto que llega a decir 'y el fénix de la sociedad renace de las cenizas' (en White, 1973, p. 158). Y que como bien lo ilustrará el historiador Hayden White sucedió una forma de simbiosis entre lo que Vico dijo y a partir de lo Michelet ejemplificó, esto porque: "Michelet captó el punto esencial establecido por Vico sobre cualquier concepción

específicamente histórica de la realidad humana –a saber, que las fuerzas que se superan en cualquier avance de la sociedad o de la conciencia son los propios materiales con que se moldearán la nueva sociedad y la nueva conciencia" (White, 1973, p. 158).

La aportación más clara de Vico es aquella en la cual propone que la ciencia social deberá contar con un sustento histórico y será a través de él que se propone una historia de las ideas humanas, en donde el conocimiento humano se refleja en la naturaleza humana, y esta naturaleza es una psíquica mental, ya que restablece las relaciones y reconoce las partes del todo, para Vico el abordaje de..., no estaba sustentado en el registrar, acto muy adecuado para las ciencias naturales, sino en el crear, siendo éste el método más adecuado para las ciencias sociales. Y esto sería así porque el conocimiento es un proceso evolutivo y cambiante, donde las propias creaciones humanas son las que permiten reconocer a la humanidad, esas creaciones humanas serán la cristalización de pensamientos, sentimientos y actos, que lo único que hacen es volver comprensible la cultura.

De manera general, la propuesta que Vico sugiere es que es por la intermediación de la Historia como la Humanidad se va concibiendo, donde lo más empírico y palpable se desprende de la capacidad de hacer de la Historia un proceso observable, pero dotado de una carga afectiva que lo que hace es reargumentarse por esa historia que ha sucedido; luego entonces, la realidad no es solamente un proceso observable ya que ésta es descrita, analizada, reflexionada a partir de lo que se sabe de ella, el conocimiento también se forma con un conocimiento anterior y no sólo de lo sucedido en cierto instante. El conocimiento de la Humanidad es por ello, según él, un proceso evolutivo, cíclico y cambiante. Sobre estos preceptos es que Vico se distingue de los otros pensadores de su época, quienes acometían a la Humanidad como un todo homogéneo, mientras que el filósofo italiano lo que propugnaba es que esta misma se debía comprender a partir de sus diferencias, así recurre a lo que él llama "un mundo de naciones", sobresaliendo su concepto de "nación" que, en palabras de Jahoda (1992, p. 87), es un sinónimo del concepto de "cultura".

Cierto es que la propuesta de Vico jamás tuvo tanta interpelación sino a partir de la original lectura que Michelet de ella hiciera, ya que pasó desapercibida en su propio tiempo ante todo por oponerse epistemológica y tenazmente a la doctrina kantiana (Blumemberg, 1981, p. 176). Aunque es a partir de sus trabajos donde se logra atisbar una premisa central en la configuración y comprensión de la realidad social, esto es, la de que "sólo podremos conocer lo que nosotros mismos hemos creado" (Berlin, 1960).

De ahí que tengan cabida las coincidencias entre Herder y el filósofo italiano Giambattista Vico, y que a decir de Roland Barthes (1954, p. 39), fueron las influencias primigenias que Michelet consideró para su proyecto histórico, ya que bajo el cobijo intelectual de Vico será Herder el responsable material quién amplíe la idea que sobre la visión histórica contemplara el italiano, enriqueciéndola y proponiendo que: "La comprensión de una época histórica depende, justamente, de la captación de esta dimensión colectiva de la subjetividad" (López-Domínguez, 2002, p. 17); luego entonces, son de Vico las argumentaciones en las cuales la Historia aparecería como la más importante de las ciencias y auxiliándonos de ella podremos –según él- dar cuenta del estudio de las culturas y de los pueblos, de lo que estos mismos crean, y en lo cual se asientan, y donde los ejemplos más claros de ello pueden ser plasmados en sus mitos y su lengua.

Lo que también propone Vico, es una manera diferente de abordar los fenómenos propios del género humano, lo que lo vuelve así el precursor, autor intelectual y físico del desglose entre las ciencias naturales y las ciencias sociales (Leahey, 1987); aparejando a las primeras con todo aquello que fuese hipótesis y confirmación y siendo las segundas sustentadas en la descripción de los actos humanos realizados, resaltándose las diferencias, los cambios, los propósitos mismos de un grupo (Berlin, 1960).

De regreso a lo que el propio Michelet logró bosquejar, aunque éste mismo no siguió fielmente las enseñanzas de su "único maestro" (White, 1973), se sucedió una comunión entre estos dos historiadores, porque a pesar de los años transcurridos entre una obra y otra, una extraña simpatía trascendió sus respectivas épocas, porque según han conjeturado:

> "Vico bien podía hacer chocar a Michelet con su teoría de los *ricorsi*, del eterno retorno de las fases sociales sucesivas de la humanidad: tan cierto es esto que a pesar de sus ferviente reverencia por Vico, creyó muy pronto necesario adoptar sus reservas sobre esta doctrina negadora del progreso: lo que sedujo a Michelet fue al parecer que la historia positiva, tal como Vico la entendía, antepone las creencias colectivas de los hombres al pensamiento de los individuos" (Bénichou, 1977, pp. 468-469).

De algo sí estaba seguro Michelet, que la historia y la vida colectiva no podían circunscribirse a un solo sujeto, o a lo que un mero grupo social expusiera, debía ser "algo" más, lo

era, y porque en ello creía lo matizó a partir de la extenuidad del uso de metáforas extendidas (Bénichou, 1977). Motivo por el cual se abocó a la tarea de aprehenderlo y asimismo aprender de él. Luego entonces, y en sintonía con lo que el buen Herder reconoció en el ejercicio de la historia, esto es, que a partir de ella se podrían escuchar todas aquellas "voces hablando", lo que sucedió prósperamente desde las introspecciones de Michelet es que él asumió el papel de ser su portavoz e interlocutor.

Historia "desde abajo"

Y es que, sin afán de exagerar, se podría decir que la propuesta de psicología colectiva que bosquejó Michelet surgió de sus propios recuerdos, así lo dijo él mismo: "Para conocer la vida del pueblo, sus trabajos, sus sufrimientos, me bastaba con interrogar mis recuerdos" (en Corcuera, 1997, p. 257). En efecto, ese recuerdo al cual recurrió Michelet para construir su versión histórica de la colectividad es un recuerdo que lo transciende y que él intentaba transmitir, la idea de no olvidar lo sucedido, ya que al hacerlo la vida colectiva se iría dispersando, porque ésta misma proviene del recuerdo, así es como se dispone el cemento de la conciencia social, empero, Michelet abogaba porque esa era la única manera de que los lazos humanos permanecieran y recrearan un sentimiento como ese ejercicio de continuidad que permite reconocerse, reconocernos, reconocerlos.

Ante el olvido social, el historiador propone una esperanza, ante el derrumbamiento de la convivencia necesaria con el pasado, él refería al proceso en el cual se involucraban los sujetos, los individuos, los grupos, la colectividad misma, sin omitir de la vida social lo más evidente, las construcciones materiales en las cuales ellos mismos estarían representados, y aunque se crea que son ruinas o meros vestigios de sociedad, y aunque se crea que entre toda su solidez y materialidad derruida no quedará nunca nada, de ahí mismo se desprenderá un eco, el eco de la colectividad, un emplazamiento que recuperará, en lo ya visto, desde lo ya oído, en lo que nuevamente se podrá tocar, el palio, el refugio y la complicidad de la colectividad, así es como Michelet lo logra personificar, porque: "[...] los muros no olvidan, el pavimento se volverá cómplice y transmitirá signos y sonidos; el aire no olvidará" (en White, 1973, p. 154). Será esa la gran apuesta por la que se inclinaría el historiador francés, una que irradiaría su sentir, sirvan para ejemplificarlo sus propias palabras: "Sobre las ruinas de todas las cosas materiales dominaba, sola y sin sombra, la majestad del espíritu" (1846, p. 260).

Michelet lo que hace es sustentar lo que Vico dijera alguna vez, esa idea circundante en la cual propone que el ser humano "sólo podrá conocer lo que él mismo ha creado", y en su compromiso total como historiador, él "entendía que su tarea como historiador consistía en ser custodio de los muertos" (White, 1973, p. 159), su tendencia era a no olvidar lo sucedido y mucho menos a aquellos que se involucraron en ese proceso al cual muchos otros tenderán a relegarlo al olvido. Siendo esto, tal cual, su compromiso:

> "Si Pitágoras se acordó de haber sido uno de los jefes de la guerra de Troya, ¿por qué no me acordaría yo de haber sido el hombre mísero que atravesó la esclavitud antigua, la servidumbre de una época de las cruzadas, el obrero de los tiempos modernos? Si bien no soy todo esto, siento una compasión lo bastante sincera, lo bastante inmensa para endosar todos estos dolores […]. Puesto que al fin todo debe morir, comencemos por amar a los muertos" (en Bénichou, 1977, p. 488).

La manera en la cual aborrecía al olvido, al desdén personal que lleva el olvidar, hizo a Michelet compararlo con el peor de los deseos y el más cruel de los castigos, algo a lo que nadie debería, deberá, estar sujeto. Así, en sus propias palabras decía: "¿Qué mortal se atreverá a infligir, aún al más culpable, la peor de las muertes: ser eternamente olvidado? (en White, 1973, p. 154); tanta era su necesidad por redimirlos que llego a caracterizar a los cementerios como si fuesen orfanatos (Michelet, 1851), luego entonces, así es como al francés se le ha caracterizado, esto porque: "No tenía terror de los muertos, sino del olvido; miedo de que los muertos fueran olvidados" (Corcuera, 1997, p. 267).

Y una frase resguarda sus reflexiones, aquella que dice: "Lo que quiero encontrar […] son las profundidades donde recomienza el calor social" (1846, p. 144), esa era su pretensión, esa era su necesidad, a ese manto acudía para propulsar la vida colectiva, con ese cariz argumentaba sus narrativas personalizadas (White, 1973; Bénichou, 1977), y cómo bien han llegado a señalar, esto se transformaría en una de sus grandes pasiones-obsesiones (Corcuera, 1997), deliberando y sosteniendo desde sus tramas históricas como en su interpretación novelada aquellas metáforas que por sí mismas tuvieran autoridad y significados propios, razón por la cual continuamente remite al pasado, a 'la sangre y los muertos' (Barthes, 1954), al 'martirio de los débiles y de sus desquites' (Bénichou, 1977), al propio '*sacrificio*' (Michelet, 1846).

Así las cosas, para convocar a las conciencias populares tendría que hacerlo de tal manera que en el acceso se complementarán las esperanzas a partir de la mutua identificación, porque el historiador es quién configura la historia y la historia es la que hace al historiador, aquí objeto y sujeto se fusionan; y lo mismo le sucede al lector a quién va dirigida la obra ya que será él mismo quién la va escribiendo. Es entonces que Michelet reintroduce la figura del *héroe*, matizando su presencia a través de sus relatos, y en primer instancia el héroe será la propia Francia, aunque también en algún momento lo será *La Revolución* (White, 1973).

En suma, logra asentar ésta concepción sobre la personificación de la vida colectiva, donde da el paso para transformar a la nación en pueblo, a partir de su reconstrucción novelada del mito de *Juana de Arco*, tocando las fibras afectivas de sus propios compatriotas, tanto de las clases populares como de las doctas, ahí recrea el emplazamiento que rodea al personaje, delimitando sus orígenes, haciendo comprensible el por qué de su existencia, exponiendo su permanencia en las mentalidades, así es que de ella llega a decir:

> "Nacida bajo los muros mismos de la iglesia, acunada al sonido de las campanas y nutrida con leyendas, fue ella misma una leyenda, fugaz y pura, del nacimiento a la muerte" (1841, p. 20);

y la leyenda en la carga mítica siempre permaneció, y esto sucedió porque los que de ella supieron nunca la dejaron fenecer, la exacerbaron, la repudiaron, creyeron en ella, se desilusionaron, intentaron comprenderla para comprenderse ellos mismos: "Pero el mayor peligro para la santa era su santidad misma, el respeto del pueblo, la adoración que le tenía" (1841, p. 62); de esta forma, la colectividad se reconstruía a través del mito y viceversa, de este todos querrían aspirar, y a eso intentaba hacer referencia Michelet, razón por la cual requisa a la razón la propia historia, reconociéndole una óptica diferente, la que se genera entre los propios sujetos, desde los diferentes grupos y clases sociales, desde aquello que les permite reconocerse entre ellos mismos o tolerarse en sus diferencias, proponiendo una razón superior a la razón de cada cual, propia de cada época, válida igualmente que todas. Luego entonces, el rostro de la colectividad es la que hace a la propia historia, y aunque los sujetos que transiten a lo largo de ella no lleguen a ser los mismos, siempre existirá ese manto que los cobije y los adopte en cada ocasión que estos se manifiesten.

Epilogo: La herencia histórica a…

La responsabilidad que Michelet trae a cuestas es la reformulación de la perspectiva histórica, ya que según dijo: "sea mi parte en el futuro no el haber alcanzado, sino el haber señalado el objetivo de la historia, haberle dado un nombre que nadie la había dado antes. Thierry le llamaba *narración*, y Guizot *análisis*. Yo le he llamado *resurrección*, y ese nombre quedará" (en White, 1973, p. 150, cursivas en el original); porque cada reinvención expone las entrañas, buscando la empatía –en coincidencia con las reflexiones herderianas- al ser éstas expuestas, deliberando sobre la pertenencia, sobre las formas sociales que ahí tienen cabida, sobre el cómo en el presente se podrá redimirlas:

> "Entonces me dirían, gimiendo, que era lo mismo, que ellos y yo no éramos más que uno, que nuestros corazones sufrían igualmente, que su vida viviría mi vida, que esas pálidas sombras eran mi sombra, o más bien, que yo mismo era la sombra viviente, fugitiva, de los pueblos asentados en la verdadera existencia y en la inmutabilidad" (en Bénichou, 1977, p. 489).

Su versión histórica de la realidad social permite localizar el andar de la colectividad, su tendencia a la unidad, ostentando como prioridad el interceder, reconocer y sustentar sus valores y principios, teniendo como retrato aquellas situaciones que bien pueden indignar o aquellas otras de las que se podría enorgullecerse, emplazamientos afectivos que hacen que se aglutinen sujetos o hacen que se dispersen los grupos, el dolor social que reconcilia, los rencores que edifican distancias, el perdón en rumores, y que son evanescentes porque pueden durar segundos o docenas de lustros, luego entonces la levedad a la cual estaría acostumbrada la colectividad se modifica, y el propio pensamiento también, a eso refiere una atmósfera histórica descrita por el guardián francés.

…la psicología social

El presente trabajo argumenta un inicio distinto al que la historia de la psicología social hasta la fecha relatada nos tendría acostumbrados, particularmente aquella que en los manuales de psicología (Hothersall, 1997; Leahey, 2004) o psicología social (Blanco, 1988; Collier, Minton y Reynolds, 1991) se habría validado durante décadas, sea en pequeños extractos o en rampantes capítulos integrados a la literatura disciplinar, en una versión instaurada y con

Hermenegildo Martínez

la sobria posibilidad de legitimar presupuestos e invalidar otros tantos más.

Y es que cada versión acerca de la historia de la psicología social engalana y sustenta diversos principios teóricos a justificar, asimismo expone el sendero que el propio campo de conocimiento ha de transitar, sea para develarse como una disciplina científica, sea para localizar en tiempo y lugar, fecha y latitud geográfica a sus precursores, antecesores y por qué no, sus detractores.

Sin embargo, se podría señalar que al involucrarse en la propia historia de la disciplina psicosocial esto implica exponer en ciertos instantes a personajes, disputas, interlocuciones y así también berrinches intelectuales que causaron que tópicos, constructos y reflexiones no trascendiesen porque por un lado no se apegaban a lo que las camarillas científicas de la época estipulaban o porque las alusiones a las cuales se referían disentían de lo que hasta ese momento se habría dicho.

Como sea, en el presente texto se establece un debate por esclarecer los inicios a partir del "objeto de estudio" al cual se refiere la psicología social, lo cual implica reconocer que ésta misma ha sido bosquejada desde otros lares y latitudes disciplinares, y que no es solamente una versión la que permite hacer manifiesto el origen de la psicología social.

Y sin afán de exagerar, la propuesta de psicología colectiva que bosquejó Michelet fue ante todo un ejercicio de memoria, al cuestionarla y reconsiderarla, al reincorporar a todos los implicados, hilvanando afectivamente cada cual, es así que coincidimos plenamente con esta reflexión dicha por el mítico Michelet: "Un espíritu que se fija en un punto irá profundizándose. Un espíritu que divaga en el espacio, se dispersa y se desvanece" (1846, p. 240).

En resumen, Michelet se esmerará en demostrarlo, con una óptica y un horizonte diferente, asumiéndose como "el custodio de los muertos" (White, 1973, p. 159), sin embargo, habrá de reconocer que su efervescencia al describir los acontecimientos sería su gran "talón de Aquiles", siendo tendencioso a más no poder cuando da cuenta de la realidad aludida, caso concreto, al escribir su versión histórica sobre la Revolución Francesa que aunque se presenta de forma magistral adolece de errores y sentimentalismos, a saber:

> "[…] aunque el libro posee méritos incomparables, no puede aceptarse su juicio acerca de la revolución […]. Todo lo bueno acerca de la Revolución fue obra del 'pueblo'; todo lo malo, obra de los demás. La existencia de la *canaille*, las feroces pasiones de la chusma, el acompañaron el cataclismo apenas existen para él. Es demasiado indulgente con las masas, demasiado duro con la Iglesia" (Gooch, 1913, p. 190, cursivas en el original).

Un cuadro histórico se develaba, uno donde él proponía una referencia distinta, exponiendo su legado a los posibles predecesores, la "resurrección" (en White, 1973, p. 150) como perspectiva histórica, desplegando, en cada reinvención las entrañas de la colectividad, buscando las empatías expuestas, deliberando sobre la pertenencia, sobre las formas sociales que ahí tienen cabida, sobre el cómo en el presente se podrá redimirlas.

Ubicándole en un espacio original desde la psicología colectiva anclada en los entrecruces que la historia y la literatura tendrían para con los fenómenos colectivos, o para con los relatos cotidianos, o en los emplazamientos simbólicos que dan cuenta de las reminiscencias de la colectividad, en sus palabras: "Los verdaderos productos del genio popular no son los libros sino los actos valerosos, las frases espirituales y las palabras cálidas, inspiradas, como las que recojo todos los días en la calle, que salen de una boca

vulgar que parece la menos indicada para la inspiración" (Michelet, 1846, p. 151).

Ironizando la realidad social, sobre lo que era y lo que no, sobre lo que se decía eruditamente de ésta, inmerso en los personajes indicados para decirlo, o de aquellos que fueron proclives a potenciarlo, que es donde estaría dispersa la idea sempiterna de mentalidad, y a la que él mismo acude, reintroduciéndose esa noción como un antecedente velado a las futuras aproximaciones a la misma. Y en la evocación restablecía los lazos de comunicación, y en la rememoración el sentimiento.

Una mentalidad donde, aunque los sujetos que transiten a lo largo de ella no lleguen a ser los mismos, existirá como ese manto que los cobije y los adopte en cada ocasión que éstos se manifiesten. Concibiendo un retrato a partir de aquellas situaciones indignantes o de aquellas otras en las que cualquiera al remontarles podría enorgullecerse, emplazamientos afectivos que hacen que se aglutinen sujetos o hacen que se dispersen los grupos, su convocatoria y su permanencia, descrita o re-escrita en los sentimientos propios y en las empatías hacia el dolor social ajeno, dotada de una temporalidad inconmensurable, reeditando la afectividad colectiva que redimen y reconforta al convocarlos a "ellos" en las voces de "nosotros", acompañando y disimulando el pensamiento social, porque lo provoca y le exige ser distinto, porque deviene así en una mentalidad que configura el sentido a la realidad.

Cada personaje, pero ante todo sus intereses, delinean una historia tan distinta y en algunas ocasiones irreconciliable con las demás, dando pauta a una serie de disputas y unilaterales confrontaciones que simplemente desdeñan presupuestos teóricos, ridiculizan alusiones u omiten el trasfondo histórico y la relevancia que implican los argumentos enfocados al "objeto de estudio" de la psicología social; empero, lo más relevante de todo ello, es que pocos fueron los probables protagonistas que lo llegaron a bosquejar, algunos con mayor fortuna que otros, otros con aventajado estilo al escribir, unos más con sumo atino al disertar sobre ello, delimitando de esta manera la preferencia hacia versiones y relatos históricos orientados por la empatía en la concepción, interpretación y comprensión de la vida colectiva.•

Referencias

Barthes, Roland. (1954). Michelet. (2da edición). México. FCE. 2004.

Béguin, Albert. (1939). El Alma Romántica y el Sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa. (1era edición en español, 4ta reimpresión). México. FCE. 1996.

Bénichou, Paul. (1977). El Tiempo de los Profetas. Doctrinas de la época romántica. (1era edición en español, 2da reimpresión). México. FCE. 2001.

Berlin, I. (1960). Vico y Herder. Dos Estudios en la historia de las ideas. Madrid, Cátedra. 2000.

Berlin, Isaiah. (1965). Las Raíces del Romanticismo. (1era edición en español). Madrid. Taurus. 2000.

Blumenberg, H. (1981). La Legibilidad del Mundo. Barcelona, Paidós.

Chartier, Roger. (1991). Espacio público, Crítica y Desacralización en el Siglo XVIII. Los Orígenes culturales de la Revolución Francesa. Barcelona. Gedisa. 2003.

Corcuera de Mancera, Sonia. (1997). Voces y Silencios de la Historia. Siglos XIX y XX. (1era edición en español). México. FCE. 2000.

Collier, Gary, Minton Henry L. y Reynolds, Graham. (1991). Escenarios y Tendencias de la Psicología Social. (1era edición en español). Madrid. Tecnos. 1996.

De Paz, Alfredo. (1984). La Revolución Romántica. Poéticas, estéticas e ideologías. (3era edición). Madrid. Tecnos/Alianza. 2003.

Farge, Arlette. (1986). La Vida Frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII. (1era edición en español). México. Instituto Mora. 1994.

Gooch, Greoffey. (1913). Historia e Historiadores en el Siglo XIX. (2da ed.). México. FCE. 1977.

Hothersall, D. (1997). Historia de la Psicología. México, Mc Graw-Hill.

Jahoda, Gustav. (1992). Encrucijadas entre la Cultura y la Mente. Continuidades y cambio en las teorías de la naturaleza humana. (1era edición en español). Madrid. Visor. 1995.

Leahey, T. (1987). Historia de la Psicología. Madrid, Pearson Prentice Hall. 2005.

López-Domínguez, V. (2002). "Presentación" en: Herder, J. G. (2002). Antropología e Historia. pp. 9-36. Madrid, Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense.

Mayos, G. (2004). Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder. Barcelona, Herder.

Michelet, Jules. (1841). Juana de Arco. (1era edición en español). México. FCE. 1986.

Michelet, Jules. (1846). El Pueblo. (1era edición en español). México. FCE/UNAM. 1991.

Michelet, Jules. (1851). La Mujer. (1era edición en español, 3era reimpresión). México. FCE. 1999.

Morange, Jean. (1979). Las Libertades Públicas. (1era edición en español). México. FCE. 1981.

White, Hayden. (1973). Metahistoria. La Imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. (1era edición en español, 1era reimpresión). México. FCE. 2001.

Jahir Navalles Gómez. Licenciado en Psicología por la UNAM. Maestro en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Querétaro. Actualmente imparte cursos de Metodología y Epistemología de la Psicología Social en la licenciatura en Psicología Social en la UAM Iztapalapa. Correo electrónico: jahir.n@gmail.com